mujer, las caricias y la gracia de un niño para echar en aquel lodo un germen de afecto, de gratitud y de abnegación. Aquel germen indolente, casi inerte, brotó de pronto ante la desesperación y el furor de la madre. El idiota comprendió al fin que Marcos se había ido con los otros, y que su vida se encontraba en peligro.

Instintivamente, tal vez sin conciencia del acto prodigioso que iba á realizar, como un proyectil al impulso recibido, el idiota corrió al puerto, desatracó un bote, bogó hacia la Roca y llegó á punto de coger al niño, á quien arrastraban las olas. Dios le había guiado. La luz hecha en él no duró más que algunas horas: una vez realizada su misión, terminada su obra, el pobre idiota cayó de nuevo en su habitual estupidez, y ni siquiera se acordó. Por más que la señora de Henry lo volvió y lo revolvió en todos sentidos, no hubo estremecimiento interior alguno en él que conmoviera su caparazón informe.

—¡Abrázalo! dijo ella á Marcos, echándolo al cuello del idiota.

Bibia miró primero á la madre y luego al hijo. Llevó á sus labios un dedo de la mano, el que le curó la señora de Henry, y se alejó.

Cuando llegué yo á Pouliguen, la aldea estaba apenas repuesta de estas emociones. Al día siguiente asistí á una ceremonia conmovedora. Desde por la mañana, todos los niños, vestidos con la ropa de los días de fiesta, estaban formados en fila en el muelle. Al primer toque de las campanas echadas á vuelo, el cortejo se puso en movimiento, y se dirigió por la costa hacia el pueblecillo de Batz. Con los pies descalzos y cada cual con un cirio en la mano, salieron en peregrinación á la capilla de la Virgen: era una promesa que hicieron en el momento supremo, en la Roca de las Gaviotas, á Nuestra Señora del Buen Socorro.

Las familias salieron en pos de ellos; el señor y la señora de Henry cerraban la marcha. A la misma hora, el cura de Batz y su vicario, precedidos de la cruz y el estandarte, y seguidos por los habitantes del pueblo, avanzaban procesionalmente al encuentro de los pequeños peregrinos. Hombres y mujeres llevaban puestos sus pintorescos trajes que parecen tomados de una región oriental, y los cuales no ha modificado el tiempo, ni siquiera en una época en la cual la originalidad del traje ha desaparecido por completo con la originalidad de las costumbres y del carácter. A la mitad del camino, las dos comitivas se fundieron en una sola. El cura entonó un salmo religioso, que todos repetían á coro. Un sol magnífico iluminaba el cuadro; el ruido del mar, grave y solemne como el de un inmenso órgano, acompañó los cantos religiosos.

Después de la misa, el anciano sacerdote bajó las gradas del altar, y pronunció esta corta alocución:

"Mis queridos hijos:

"Habéis desobedecido á vuestros padres, y Dios os ha castigado. En presencia del peligro común os habéis ayudado mutuamente y Dios os ha socorrido. A la vista de la muerte habéis rogado á Dios, y Dios os ha salvado. ¡Que todo esto os sirva de enseñanza! Sed sumisos y respetuosos con vuestras familias; no disgustéis á vuestras madres; amaos los unos á los otros; y suceda lo que suceda, poned vuestra confianza en el cielo. Ya sabéis qué manos han salvado al pobre Marcos. Al principio creímos que lo había recogido un ángel. El milagro subsiste lo mismo, puesto que Dios, en su bondad, se digna algunas veces servirse de instrumentos humildísimos para realizar designios; aprended con eso á ser buenos y á no despreciar á nadie."

Una agradable sorpresa esperaba á nuestros amiguitos á su regreso á Pouliguen. Por orden del Sr. Henry se había levantado en la playa una gran tienda de campaña; dentro de ella había una cueva improvisada, copiosamente guarnecida de fiambres y de dulces, acompañados de frutas del tiempo y de botellas de buen vino. La presidencia de la cueva fué ofrecida á Marcos, quien declinó este honor, designando á Legoff como el más digno de ocuparle. El pequeño héroe no se hizo rogar, y así como en la Roca de las Gaviotas había dado ejemplo de bravura, de presencia de ánimo y de actividad, así en la mesa se sobrepuso por su feroz apetito á todos los demás convidados y demostró que también merecía ser su jefe en aquel nuevo campo de batalla.

Los señores de Henry pasaron algunos días más en Pouliguen. Esos cuantos días fueron muy bien empleados. Repararon la pérdida experimentada por Legoff, regalándolo una lancha nueva y completamente aparejada, que compraron en el puerto de Nantes. El pescador, agradecido, quiso que llevase el nombre de Marcos, el cual fué inscrito con letras doradas en la popa de la embarcación. El nieto de Tomás I recibió un reloj de plata, con estas palabras grabadas en la parte interior de la tapa: "A Pedro Legoff, de edad de doce años, recuerdo del 15 de Septiembre." Ya se supondrá que no fué olvidado Bibia; pero ¿que hacer por aquel desgraciado? Primero pensaron en regalarle una cabaña á orillas de mar, ó asegurarle un asilo en un establecimiento benéfico. Por una parte, la propiedad, por pequeña que sea, exige cuidados y administración, que Bibia no hubiera podido tener; por otra parte, la vida sedentaria en una casa de caridad era demasiado opuesta á sus hábitos de vagabundo. Contentáronse, pues, con recomendarlo al cura de Batz, dejando en su poder una cantidad bastante para subvenir á las modestas necesidades de aquel pobre diablo.

Por fin llegó el momento de la partida. La familia Henry, escoltada por todos los habitantes de Pouliguen, fué á pie hasta Guérande. Allí se verificó la separación. Marcos tenía el corazón en un puño. En el momento de subir al carruaje abrazó á todos sus amiguitos. La señora de Henry fué abrazada por todas las madres. Algunas horas después estaban embarcados en el vapor que hace el servicio de viajeros por el rio Loira. Bibia los había seguido corriendo por la orilla hasta Saint Nazaire. Allí permaneció mucho tiempo en el muelle, inmóvil, plegado por la mitad del cuerpo, con la mirada fija en el vapor que se alejaba, y cuando lo perdió de vista, asomaron gruesas lágrimas á sus ojos, los cuales jamás hasta entonces habían llorado.

EPILOGO

XXII

Ahí tienes, mi querido Pablo, el regalo que te había prometido. Pudiera dejarlo ahí; pero supongo que te interesas por Marcos y que tienes curiosidad por saber lo que fué de él cuando creció. Para satisfacerte lo seguiremos hasta el día en que, muy joven aún, tomó puesto entre los hombres útiles á su país.

No pidas á estas últimas páginas las peripecias de la Roca de las Gaviotas; hemos concluido con las emociones violentas, con la acción, con el movimiento. Vamos á entrar en un orden de ideas más tranquilas; vamos á encontrar de nuevo en el interior de su hogar á séres que tú ya conoces: un padre que es el honor y la lealtad personificados, una madre cariñosa, una esposa llena de abnegación, sin más alegrías que las del hogar doméstico; al penetrar en su intimidad podrás hacerte la ilusión de que no te has separado de tu familia.

El viaje fué una serie de distracciones y de delicias. El otoño aquel año era de una magnificencia excepcional, y lo aprovecharon para alargar el camino y multiplicar las excursiones.

Clisson los detuvo algunos días á orillas del Sévre nantés; luego remontaron el Loira y visitaron de etapa en etapa Chenonceaux, Chambord, Amboise, todos los sitios de recreo, todos los castillos, todas las ruinas que solicitaban su curiosidad. Por fin volvieron á París, y aun cuando siempre es agradable volver á tomar posesión de sus hábitos y de su hogar, el regreso, sin embargo, no estuvo totalmente exento de turbación y de tristeza. Ya se recordarán los temores que la señora de Henry dejaba ver á propósito de Marcos en una de las últimas cartas que escribía á su marido. ¿Qué harían metidos en su entresuelo de París con aquella golondrina de los mares?

En efecto; apenas regresó Marcos, se sentía ya como un pájaro metido en una jaula. La señora de Henry, á su pesar, se había acostumbrado también al aire libre y á los

grandes horizontes; pero era un alma de esas que no viven más que para los demás, y no pensaba más que en su hijo. Al día siguiente de su llegada, confiaba sus temores al corazón de su marido, que no parecía preocuparse tanto.

—Te alarmas demasiado, le decía. Marcos está bueno y robusto; se ha salvado. En el Luxemburgo y las Tullerías no encontrará, naturalmente, los arenales de Bretaña; pero, después de todo, no ha de ser París menos que una sucursal de las montañas de Pontux. El niño se aclimatará poco á poco en el suelo en que vivimos; es cuestión de unas cuantas semanas. Entretanto, iremos el domingo que viene, como buenos burgueses que somos, á pasearnos por el bosque de Meudon, y renovaremos esa fiesta cada ocho días, mientras el tiempo lo permita.

La señora de Henry no podía menos de pensar que hablaba su marido muy fácilmente; pero que Marcos se entristecía cada vez más. Que las calles, los boulevares donde le llevaban para tratar de distraerlo, le parecían estrechos y limitados. ¡Qué riachuelo tan tísico el Sena! ¡Qué pobres rocas los peñascos del bosque de Boloña! ¡Qué frío y qué indiferente se quedaba ante las diversiones que podían proporcionarle! ¡Con qué gusto hubiera cambiado todos aquellos niños bonitos y elegantes que correteaban en los jardines públicos por dos ó tres de aquellos chiquillos descalzos que había dejado en Pouliguen! Pornichet, Jambonneau, Macabiou, Mascaret, todos estos nombres bullían en su memoria como un enjambre en una colmena. Para él no había más que un héroe en el mundo, y era el joven Legoff. Echaba de menos hasta al pobre idiota. Habríase podido creer que la aventura de la Roca de las Gaviotas lo había curado para siempre de su pasión por el mar; lejos de eso el recuerdo de aquella noche terrible permanecía vivo en su imaginación como algo maravilloso y encantador. Siempre hablaba de ella, y siempre con una exaltación y un entusiasmo que sorprendía á la señora de Henry.

—Vamos, le dijo una tarde que estaba contando por vigésima vez, y con entusiasmo creciente, la velada al pie de la Roca, la ascensión al pico y las proezas de su amigo Legoff; vamos, que si hubieses tú visto la desesperación en que me puso tu escapatoria, te complacerías menos en el relato de todos esos horrores y no hablarías de ellos como lo haces.

Al oir esa queja, que comprendía que era muy justa y merecida, Marcos se echó en brazos de su madre, y desde entonces no volvió á hablar de la Roca de las Gaviotas.

Llegó el domingo que debía pasar en el bosque de Meudon. Salieron los tres alegremente una mañana de Octubre; Marcos sentíase satisfecho de volver á encontrar, aunque sólo fuese por algunas horas, su vida errante, tan bruscamente interrumpida, y por su parte la señora de Henry gozaba con un paseo que le recordaba los mejores tiempos de su juventud.

Bajaron hasta Bellevue, almorzaron en la fonda de la estación, y luego alegremente se dirigieron al bosque, donde lucía el otoño sus esplendores. Hacía uno de esos días que son la despedida del sol. Los pájaros cantaban como en primavera. Los árboles estaban todavía verdes. Una brisa suave agitaba el follaje dorado de los abedules.

Mientras Marcos corría por la hierba y por entre las malezas, los señores de Henry paseaban lentamente por las frondosas avenidas.

La vista de aquellos paisajes que con tanta frecuencia habían recorrido juntos, despertaba una multitud de recuerdos; en sabrosa conversación repetíanse uno á otro las alegrías y los disgustos de su laboriosa y honrada existencia. Sin dejar de hablar, habían llegado más allá de los sotos de Sévres.

No resistieron la tentación de echar una mirada á la vivienda que visitaran en otra ocasión y que habían poseído durante toda una tarde.

Empujaron la verja entreabierta, y viéronse sorprendidos en flagrante delito de curiosidad por un jardinero que les invitó cortésmente á que entraran: los amos estaban de viaje.

La señora de Henry vacilaba, sin embargo.

—Entrad, señora, dijo el jardinero, y no temáis ser indiscreta: aun cuando la finca no se alquile ni se venda, mis amos, al marcharse, me dieron orden de que dejase visitarla á todas las personas que lo desearan.

—¡Pues entonces, entremos! exclamó alegremente el Sr. Henry; démonos hoy también el tono de tener una casa de campo.

Los años no habían llevado ningún cambio en aquel poético retiro. La casa estaba tal como la señora de Henry la había descrito en una de sus cartas. Por fuera, con su techo plano, su terraza y sus balcones, sus empalizadas con enredaderas y sus adornos de parra, parecía una casita italiana.

Por dentro estaba recién decorada; los muebles y los cuadros respiraban á la vez elegancia y sencillez. Las habitaciones no eran muy grandes, pero la señora de Henry decía que la felicidad ocupaba muy poco sitio, y todo lo que veía se hallaba tan en armonía con sus gustos, que parecíale que había sido ella quien dirigiera hasta en sus menores detalles el arreglo de la casa.

Desde cada balcón se descubría un punto de vista tal vez único en los alrededores de París, y el cual podían envidiar las comarcas más favorecidas por el cielo; entre dos promontorios de verdor, el pueblecillo de Saint Cloud, en anfiteatro; más allá, el monte Valerien; el Sena, replegado al fondo del valle, y allá á lo lejos, como últimos límites, las pobladas colinas de Sannois y de Montmorency; un verdadero cuadro de Poussin. Cuando llegó la noche, esperaron en el salón á que fuese la hora del tren que había de llevarles á París. Marcos encontraba la casa de su agrado y no quería marcharse.

La señora de Henry estaba también triste: "¡Qué hermoso sería vivir aquí!" dijo suspirando. Ya se estaba poniendo el abrigo, cuando de pronto abrióse de par en par la puerta del salón, y el jardinero, transformado en mayordomo, pronunció estas sencillas palabras: "La señora está servida." Muda de asombro, la señora de Henry miraba á su marido, el cual sonreía.

—Sí, mujercita mia, dijo cogiéndole las manos; aquí estás en tu casa. Nuestros negocios han prosperado más de lo que yo esperaba. Tú soñabas con vivir cerca del bosque y no lejos del Sena. Esta finca te había gustado; conservabas su imagen en tu corazón, y mi ambición era la de poder regalártela algún día. Tus deseos están cumplidos, y mi ambición satisfecha. Todo esto te pertenece; aquí eres tú el alma y la reina. Vamos á comer, queridos mios: hoy estrenamos el comedor, y siento un apetito de lobo.

Y diciendo estas palabras pasó al comedor con su mujer y con su hijo, colgados una y otro de su cuello.....; dejo que cada cual se figure su alegría.

XXIII

Allí, en aquel pequeño paraíso, acabaron de pasar el otoño. Los que poseen la tierra y la casa donde han nacido, donde han crecido, no pueden imaginar todo lo que puede tener de embriagador el sentimiento de la propiedad. No le es dado saberlo más que á los que por su trabajo perseverante, por su valor y por su inteligencia han logrado, como los señores de Henry, adquirir el techo que les abriga, aunque ese techo sea lo más modesto del mundo. Agrada imaginarse la felicidad de un matrimonio tan bien avenido. Largos años de prueba no habían hecho más que apretar el lazo que los unía; la dicha que disfrutaban era tanto más profunda, cuanto que les recordaba sus lágrimas.

Octubre se mostró pródigo en los días hermosos.

El aire fresco y puro que se respira en las alturas llegaba á los pulmones de Marcos como un soplo atenuado del Océano; el bosque, los parques inundados de luz, vestidos de púrpura y oro, lo consolaban de la ausencia del mar. La señora de Henry, apenas instalada, reinaba y gobernaba allí ya.

Plantaba rosales, cortaba las hierbas, dibujaba las calles de arbustos, corregía aquí y allá los movimientos demasiado bruscos del terreno y no dejaba de recorrer sus bonitos dominios. Bastaban algunos minutos para recorrerlos, sin necesidad de apresurar el paso; pero como ella encontraba cada vez un nuevo placer, dependía solo de ella el creerse dueña de dominios que no acababan nunca. Como se hace generalmente entre los hombres de negocios desde que las comunicaciones con los alrededores se han hecho tan fáciles y tan rápidas, el señor Henry salía de París por la noche para reunirse con los suyos; se reunían á la hora de comer tan contentos de volver á verse como si no se hubiesen visto por la mañana. Noviembre puso término á aquella vida feliz. Llegaron los vientos del Norte, y la familia Henry volvió á sus cuarteles de invierno, y fuerza les fué confesar que el entresuelo de la calle

de Bac, alegrado por la lumbre de la chimenea, tenía también sus lados buenos.

La señora de Henry hablaba ya, como animosa mujer, en tomar su parte en los negocios que desde hacía ya tiempo estaban solamente á cargo de su marido: pero éste no la dejó concluir.

—No, hija mía, dijo; otros cuidados te reclaman. Todo lo que pudieras hacer por la prosperidad y por el honor de nuestra casa, lo has hecho ya, y muy bien por cierto: á tí te debe su reputación. No dejaré nunca de inspirarme en tus consejos; pero desde este instante quedas retirada de los negocios. Te queda una tarea más seria que realizar: en lo sucesivo perteneces por completo á tu hijo. Marcos crece. Dentro de pocos años tendremos que separarnos de él, porque ha de comenzar su vida de colegial, pero hay una educación preciosa que sólo las madres pueden dar á sus hijos. Sólo ellas tienen el secreto de amoldar esos jóvenes corazones y de grabar en ellos impresiones que no se borran nunca. ¿Quién mejor que tú sabrá cumplir esos deberes? Tu dulzura, tu paciencia, tu ternura, darán sus naturales frutos. Nuestro hijo tiene buenos instintos, y tú no tendrás más que desarrollarlos. Le enseñarás sin trabajo el amor al bien y á la honradez, y saldrá de tus manos preparado para hacerse hombre.

El invierno fué crudo, pero corto. Desde los primeros días de sol en el mes de Abril, la madre y el hijo remontaron el vuelo y fueron á posarse los dos en el sitio donde el gran maestre de las ceremonias campestres, es decir, la primavera, se los había adelantado un poco para festejar su regreso.

Jamás en ningún tiempo dama alguna de elevada alcurnia, acompañada por su señor hijo, fué recibida en sus dominios con más pompa y esplendor. Su entrada fué saludada por un coro de aves. Dos castaños formaban por encima de sus cabezas un dosel natural, que no carecía de penachos. Un mirlo les arengó. Los pinzones y las alondras de los alrededores les daban la bienvenida, mientras las lilas columpiaban al soplo de la brisa, como si fueran incensarios, sus ramas embalsamadas.

El verjel, por todas partes, no presentaba á los maravillados ojos más que trajes blancos y rosa.

Las abejas zumbaban en los pipirigallos, las violetas y las siemprevivas crecían al borde de los senderos; por todas partes la embriaguez de la vida. Esos sotos de Sévres y de Bellevue, desiertos durante el invierno y purificados por algunos meses de soledad, tienen una flor de renovación que es preciso apresurarse á recoger antes de que la invasión de las gentes de la ciudad hayan profanado su gracia virginal.

Los días afortunados no tienen historia. Los meses se suceden á los meses, las estaciones á las estaciones. Marcos crecía bajo el amparo de su madre. Creo que no ha habido jamás una educación primaria que haya costado menos trabajo que la suya.

Marcos había nacido con el sentimiento de las armonías y de las bellezas de la naturaleza: sin trabajo aprendió á deletrear el nombre de Dios en el libro de la creación. Los ejemplos que tenía á la vista valían un curso de moral.

La estrecha unión de sus padres, el afecto, el respeto que mostraban constantemente el uno para el otro, eran más elocuentes que un tratado sobre la felicidad y los deberes de la familia.

¡Dichosos los niños que se educan en una atmósfera de ternura! Toda su vida queda impregnada de ella. Marcos, á los diez años, no sabía gran cosa; pero la buena semilla fructificaba ya en su corazón, y todo en él prometía un espíritu recto y un alma sin dobleces.

La especie de nostalgia que llevó de Pouliguen se disipó poco á poco.

Sin embargo, los confusos rumores que llenaban el bosque á la caída del día: las sabanas de verdor sacudidas por un viento huracanado; la bruma de la mañana y de la noche amontonada en el horizonte; la vela de un barco animando el fondo del paisaje, lo sumían en una extraña meditación, como si de pronto en todos esos ecos, en todos esos aspectos, hubiera encontrado un eco, un reflejo, una imagen del Océano. Si ya no hablaba de la Roca de las Gaviotas, en cambio lo hacía de Pouliguen y de sus habitantes. Tenía la esperanza de volver, y era ese su más vivo deseo; pero, á pesar del encanto que siempre nos atrae hacia los lugares donde hemos sufrido, se comprende que la señora de Henry no tuviese mucho afán por ver aquella playa, cuyo recuerdo sólo era su espanto.

No todas las relaciones se habían cortado con aquel puertecillo bretón. El cura de Batz escribía de vez en cuando. Por el buen sacerdote supieron la muerte de Bibia. Una mañana recogieron el cadáver del pobre idiota en la puerta misma de la casa en otro tiempo habitada por Marcos y su madre. Las personas caritativas que se encargaron de amortajarlo, encontraron colgado á su cuello, con una cuerdecilla, un dedil de guante. ¡Pobre Bibia, pobrecito Bibia!

Marcos, á los diez años, dejó el hogar paterno para ingresar en el colegio de Santa Bárbara de los Campos. Ese establecimiento de Fontenay-aux-Roses, muy anterior al de Vauves, es algo así como el guión que une el hogar doméstico con el régimen del colegio.

El niño entró dos meses después en Santa Bárbara de París. Ese nombre de Santa Bárbara, tan grato á muchas familias, no puedo yo, por mi parte, escribirlo sin emoción. Me parece estar viendo, cuando lo escribo, los queridos seres que me lo han hecho amar, el venerable y venerado Labrouste, Alejandro Bixio, tan activa, tan apasionadamente dedicado á la gloria de la institución, y la familia Guérard, tan feliz entonces, tan digna de serlo, y tan castigada después.

La muerte ha arrebatado á los unos y ha herido á los otros en sus más íntimos afectos.

Nosotros conservamos con grande aprecio el recuerdo de los que ya no son. Las bondades de los que aún viven no se borrarán jamás de nuestros corazones: reciban aquí el testimonio de nuestra larga é inalterable amistad.

Parece que el joven Marcos Henry no ha brillado gran cosa en el colegio de Santa Bárbara. He hojeado el libro de oro de la institución, y no he encontrado su nombre. No se recuerda que haya pecado jamás por exceso de trabajo, ni que haya sido para sus maestros ni para sus condiscípulos un objeto de edificación; pero puede asegurarse, sin temor á ser desmentido, que maestros y condiscípulos, todos le querían. Generoso con todos, no teniendo nada suyo, siempre dispuesto á pegarse con cualquiera cuando se trataba de defender á los débiles y á los oprimidos, era despierto, tenía el carácter abierto y el corazón altivo y valeroso.

Nada digo de sus aptitudes. Rebelde para las lenguas muertas, se inclinó á las ciencias exactas. La geografía tenía para él gran atractivo: sus lecturas predilectas eran relatos de viajes. Naturalmente á la horas de recreo distraía á sus camaradas contando cosas de la Roca de las Gaviotas: en Santa Bárbara se habla todavía de los osos de Spitzberg y de la isla de Tambulina.

XXIV

Como sucede á todos los padres, los señores de Henry se preocupaban ya de la carrera que Marcos seguiría. No consultando más que á su razón y su ambición personal, los dos hubieran querido que, llegado el día, se encargase de la dirección de sus negocios; y ciertamente que queriéndolo daban pruebas de un buen sentido muy raro.

Lejos de considerar el comercio como una profesión inferior, teníanlo en gran estima; veían en él una fuente mucho más fecunda que, por ejemplo, en los destinos públicos, y no creían que el mostrador de un almacén tras del cual se sientan el honor y la probidad, fuese menos digno de consideración que la poltrona de un ministro.

Aun cuando tenían sobre esto los dos sus ideas muy claras y muy definidas, hiciéronse un deber el dejar á su hijo en completa libertad de escojer profesión; pero como Marcos parecía considerar iguales todas las carreras y no tenía marcada preferencia por ninguna, podía creerse que cuando llegara el momento complacería sin resistencia á sus padres. Tal era la ilusión que el señor Henry y su mujer acariciaban en secreto.

Acercábase el momento en que uno y otro iban á despertar cara á cara con la realidad. ¡Y qué despertar!

Marcos acababa de cumplir dieciseis años. Las vacaciones estaban concluyendo: las había pasado en el campo bastante triste. Aquel joven no era el mismo: habíase verificado un gran cambio en él: aunque quería á sus padres apasionadamente, huía de sus caricias y buscaba la soledad. Casi siempre, cuando estaba en su presencia, mostrábase silencioso y pensativo. ¿Serían aquellas las primeras brumas que se presentaban en la mañana de la vida? Su madre lo había interrogado muchas veces, pero siempre en vano.

—¿Qué tienes, hijo mio? decía: porque algo tienes. A tu edad no se es así. ¿Qué ha sucedido? ¿Qué pasa? Abreme tu pecho; quiero saberlo todo.

Veinte veces el joven había estado á punto de hablar, y veinte veces había encerrado en su pecho el secreto que quería escapársele.

Los dos esposos se prometieron tener, antes de que concluyeran las vacaciones, una conversación con su hijo acerca de su porvenir. Una noche, después de comer, estaban los tres en el salón.

Marcos, abstraído, ensimismado, abismado en sus reflexiones, guardaba silencio: su madre lo observaba con inquietud.

—Vamos á ver, Marcos, dijo de repente el señor Henry. puesto que te parece bien ser serio antes de tiempo, seamos graves en buena hora, y hablemos de cosas serias. Tienes dieciséis años, hijo mio; es la edad en que se revelan los gustos y las inclinaciones, en que el espíritu se agita y busca su rumbo, en que comienza á dibujarse el presentimiento de la carrera que hemos de abrazar más tarde. La elección de una profesión que ha de influir sobre toda nuestra existencia, no es cosa de adoptarla á última hora, y conviene prepararse con tiempo. ¿Entreves tú en el porvenir una posición que te atraiga más que las otras? ¿Qué deseas hacer cuando hayas terminado tus estudios?

De ahí arrancó para pasar revista á las diferentes profesiones que se presentan á la entrada de la vida social, la administración pública, la carrera de ingeniero, la magistratura, el foro, todas las profesiones liberales, y á cada propuesta que dirigía á Marcos, éste contestaba invariablemente:

—No, papá: no es eso lo que me gusta.

—¿De modo que todas las carreras te son igualmente indiferentes? ¿No sientes vocación por ninguna? De todas las vías abiertas á la inteligencia y á la actividad humana, no es el comercio el que menos estimo. ¿Te desagradaría dedicarte á él? ¿Te causaría repugnancia encargarte de la dirección de nuestros negocios, del gobierno de nuestra casa?

—No, por cierto, respondió Marcos; y me creería muy honrado siguiendo el camino trazado por mi padre. Ese sería el que escogiera....si no me viera fatalmente impulsado por otros rumbos, añadió con voz desfallecida.

A esta revelación inesperada, la señora de Henry se estremeció, como si hubiera sentido herido el corazón por el presentimiento de la verdad; todas las angustias, todos los temores del pasado, así como todos los espectros amenazadores, surgieron de pronto ante ella.

Por su parte, el Sr. Henry no dejó de maravillarse.

—No te comprendo, dijo. Si tienes una vocación, ¿por qué nos la ocultabas? ¿De qué proviene que vaciles en confiarnos tu secreto? Bien conoces nuestro cariño; no data de ayer, sino que tiene dieciseis años, precisamente tu edad.

Marcos miró primero á su padre, luego á su madre, y después cogióse la cabeza con las dos manos, y se puso á llorar.

La señora de Henry se había puesto pálida como una muerta.

—¡Ah, desgraciado, quieres ser marino!

—¡Marino! repitió el padre con estupor.

—Sí, quiere abandonarnos. ¡Esa es su ambición!

—¿Quieres dejarnos, Marcos? ¿Quieres dejarnos, hijo mío? Entre tantas carreras que podrían asegurar tu felicidad y la nuestra, escoges precisamente la que te aparta de nosotros. ¿Te aburre estar con tu familia? ¿No hemos sabido hacernos amar por tí? Dínos qué debíamos haber hecho. Tú eras todo para nosotros, no teníamos á nadie más que á tí en el mundo y vas á dejarnos envejecer en la tristeza y en el abandono.

Durante algunos momentos no se oyó más que ruido de lágrimas y de sollozos.

Al fin Marcos se levantó.

Atrajo hacia sí á su padre y á su madre, y estrechándolos á los dos sobre su pecho, les dijo:

—No llores, mamá; no llores, padre mío: no me separaré de vosotros. Mi verdadera vocación, ahora lo veo, es vivir siempre á vuestro lado y queriéndoos mucho.

Este incidente, que parecía terminado, debía dejar huellas profundas.

Marcos volvió á sus estudios, pero el matrimonio distaba mucho de haber recobrado la calma y la serenidad. En medio de la turbación de su conciencia, los señores de Henry se preguntaban con ansiedad:—Si la vocación de Marcos era verdadera, ¿tenían

ellos derecho de que se la sacrificara? Al aceptar el sacrificio, ¿no habrían cedido á un movimiento de cariño egoísta y culpable? ¿Estaban seguros de no haber consultado su felicidad más bien que la de su hijo? ¿Estaban bien seguros de no haber abusado de su sorpresa y de su abnegación para desviar, para absorber en provecho propio el porvenir de su hijo? Preguntábanse si era deber absoluto en los hijos inmolarse á la familia, ó si, por el contrario, no eran los padres los que deben inmolarse por los hijos. La señora de Henry, sobre todo, que vió nacer la vocación de su hijo, y que ahora que ella se daba cuenta, sabía cuántas raíces tenía aquella vocación en su corazón, la señora de Henry vivía presa de las más crueles perplejidades.

Marcos, los días de salida del colegio, llevaba á su casa un semblante alegre y animado; pero la madre no se dejaba engañar, y bajo las apariencias de una fácil resignación, adivinaba el esfuerzo que hacía para disimular. No dejaba de observarlo con inquieta solicitud, y cada nueva salida lo encontraba con los ojos más hundidos, la frente más pálida, las mejillas más chupadas.

Así estaban las cosas, cuando una noche de Noviembre recibieron la visita del inspector de estudios de Santa Bárbara. Había entre ellos relaciones de intimidad, así es que aquella visita no les extrañó; pero después de un cordial apretón de manos, dijo Guérard:

—Amigos míos, cumplo un deber viniendo á veros. Se trata de vuestro hijo. No debo ocultaros más tiempo que nos inspira á todos graves inquietudes. Cada vez está más triste; su salud se altera, y se atrasa en sus estudios. Tan bien como yo conocéis la causa de este cambio. Creo que ya es hora de adoptar una resolución. Ya hace muchos años que vivo entre muchachos, y nada de lo que á ellos se refiere me es desconocido. He visto desenvolverse en derredor mío muchas vocaciones, he dirigido algunas y no he encontrado ninguna tan imperiosa como la del mar.

Hay en ella un encanto, una fascinación, un atractivo fatal, contra el cual se estrellan todas las resistencias. Sé que Marcos, en un rapto de entusiasmo, que no me sorprende, ha sacrificado generosamente sus gustos y sus instintos; pero aunque leal y sincero, el sacrificio no ha sido menos terrible, y ha producido una herida en el corazón que pudiera no curarse jamás. Pensad en ello, porque la cosa vale la pena. Es asumir una pesada responsabilidad oponerse á la vocación de un muchacho, cuando esa vocación honrada se manifiesta por síntomas tan violentos como los que vemos en él. ¿No es de temer que, abrazando una carrera contra su gusto, no tenga éxito? Y en ese caso, ¿no tendríais que reprocharos sus faltas y sus torpezas? No desconozco lo que puede haber de doloroso para padres tan buenos y cariñosos como vosotros en ver que su hijo único escoge una profesión que lo condena á vivir constantemente lejos de su familia; pero convengamos en que los padres que creen que han de estar siempre rodeados por sus hijos se hacen muchas ilusiones. Indudablemente, cediendo á los deseos de Marcos, os preparáis para el porvenir muchos disgustos, pero también muchas alegrías. Habrá despedidas, pero habrá también regresos. Vuestros disgustos serán desgarradores, pero vuestras alegrías serán embriagadoras.

No hay nada en este mundo que no tenga sus compensaciones: la ausencia, que es el peor de los males, tiene también las suyas. Esta vida de emociones, sin cesar renovadas, escapa á los razonamientos cotidianos, á los disgustillos inevitables; ensancha los horizontes del alma humana, y no descubre más que los grandes aspectos; permite á los afectos conservar esa vivacidad, ese sabor, esa borrilla primaveral, que rara vez resisten á la larga costumbre de vivir en el hogar doméstico. He observado que no hay hijos más cariñosos y más amables que los marinos. En cuanto á la carrera en sí, no veo ninguna que tenga más grandeza; sentirse atraído hacia ella es ya indicio seguro de un carácter poco común. Eso es, amigos míos, lo que tenía que deciros. Reflexionad y consultáos. Me ha parecido que el porvenir de vuestro hijo estaba en peligro, y he cumplido mi deber advirtiéndooslo.

Aquella misma noche, y en presencia del Sr. Guérard, fué consumado el sacrificio en un transporte de amor y de dolor. Al día siguiente Marcos, sin salir de Santa Bárbara, ingresó en la escuela preparatoría para marina.

No se rindió sino después de larga discu

sión, y al ver la resistencia que al principio opuso, cualquiera hubiera dicho que era una víctima á quien sus padres se empeñaban en sacrificar á su interés personal. Marcos tocaba casi al límite de la edad, y ni siquiera tenía un año completo para prepararse para los exámenes que debían abrirle ó cerrarle el colegio naval: iba á realizar en pocos meses prodigios de inteligencia, de trabajo y de voluntad.

¡Con qué terrible rapidez llegan á herirnos como un rayo los acontecimientos que tememos! Se tiene delante de sí meses y años, y parece que las fechas fatales no han de llegar jamás, y se precipitan y se suceden como rayos. Contaban con una desviación del destino: á la hora fijada llega el tren á la estación. Marcos se examinó, fué admitido en el "Borda," salió de allí dos años después, sin que el menor incidente hubiese detenido la marcha de los sucesos: parecía que todo aquello se había hecho en un año y como por encanto.

Y ahora que ya se ha marchado, ahora que navega por lejanos mares, los otros dos cuentan las semanas, esperan los correos y se preparan á velar junto al hogar solitario. Se acabaron las alegrías de aquella casa. Ya no está allí; ya se ha ido aquel que con su sola presencia alegraba la mesa y poblaba la casa. Se resignan con su suerte y la soportan sin quejarse. Hay, sobre todo, un pensamiento que les sostiene: les gusta decir, dicen con orgullo, que su hijo ha preferido á los goces de una vida fácil, la gloria y los trabajos de una carrera aventurera; que ya sirve á su país, que está llamado á servirlo algún día con gran honor, y, en fin, que cualesquiera que sean los encuentros que le depare la suerte, no será jamás el último en el deber y en la abnegación.

Y en sus plegarias, piden al Dios Todopoderoso, que ya le salvó de las olas, que tenga siempre su mano extendida sobre él y que lo tenga siempre bajo su santa salvaguardia.

FIN

BIBLIOTECA DE "EL IMPARCIAL"

PONSON DU TERRAIL

LA RESURRECCION DE ROCAMBOLE

EL PRESIDIO DE TOLON

VERSION ESPAÑOLA.

MEXICO
Oficinas de la Comp. Editora de "El Mundo."
Sociedad Anónima.
Calle de Tiburcio número 20
1899